

## LA FUERZA DE MAROA

Había una vez en un pequeño pueblo llamado Maroa escondido en la selva de las amazonas, donde el aire olía a lluvia, ya que allí siempre estaba lloviendo. Este era un pueblo precioso rodeado de altos árboles en los que vivían diversas especies silvestres y animales exóticos como el loro, guacamayo, tucanes, monos, ardillas y diversas aves.

En este maravilloso lugar, vivía un joven llamado Boris, que siempre andaba feliz jugando con sus hermanos al fútbol. A pesar de la pobreza del poblado todos allí eran muy felices y se ayudaban unos a otros, eran como una gran familia.

Tras varias semanas sin llover la madre de Boris le permitió ir a la Selva a explorar y jugar con los demás niños y niñas del poblado, puesto que el río Caroní no tenía peligro de desbordarse. Mientras caminaban entre los árboles, se dieron cuenta de que no se escuchaba ningún canto de los pájaros y todo parecía diferente. Tras un largo camino aparecieron frente al río, este estaba completamente seco, lleno de basura y animales muertos.

Al ver todo aquello los niños y niñas asustados salieron corriendo a avisar a sus padres al poblado. Boris, como un niño aventurero y curioso, decidió encontrar una respuesta a lo horrible que había pasado. ¿Cómo podía haber pasado todo aquello? ¿Qué pasaría con el poblado y su familia?

Al empezar a andar por allí se encontró con un grupo de personas que estaban haciendo agujeros en la tierra con unos picos, Boris confundido se acercó a preguntar ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Qué estaba ocurriendo con el río? Uno de los hombres, el más mayor de ellos, se acercó a explicarle que eran unos mineros que habían estado trabajando anteriormente en el río de un pueblo cercano de Maroa llamado Caura. Le explicó que estaban buscando agua para salvarles que debía marcharse a su casa rápidamente, ese no era lugar para un niño como él.

Boris sintió que ese hombre ocultaba algo y estaba mintiendo, por ello, decidió esconderse detrás de un gran árbol. Estando allí, escuchó a uno de los hombres gritar ¡Oro! ¡Oro! De repente todos los hombres fueron corriendo hacia él para ver que había encontrado, de repente apareció una piedra gigante de color dorada.

Boris, que era muy inteligente, comprendido que aquellos hombres estaban destruyendo su hogar, así que se sintió muy triste y enfadado. ¡Cómo podía la gente destruir ese hermoso lugar! Rápidamente, decidió salir corriendo a buscar a su maestro José, este era el hombre más viejo y sabio de su aldea, todos acudían a él cuándo pasaba algo, ya que este sabía de todo.

Al llegar a su casa, José le pregunto preocupado ¿Qué te pasa Boris? ¿Estás bien? El niño empezó a contarle todo lo que había visto y escuchado en la selva ¡Iban a destruir la selva! José le dijo que se calmara y se sentase, iba a explicarle todo lo que estaba ocurriendo. Le explicó que poco a poco las personas llevaban muchos años destruyendo el planeta, aprovechándose de la riqueza que esta les proveía sin ningún límite. Las personas habían olvidado que, gracias a las plantas, árboles, animales y el agua, el ser humano había podido vivir en la Tierra. Además, le contó que esos hombres a los que había visto no eran los únicos que se dedicaban a destruir la Tierra. A lo largo de los años los hombres se habían hecho más avariciosos y egoístas y lo habían destruido todo para obtener dinero y hacerse ricos.

Boris, después de escuchar decidió que tenían que hacer entre todos algo para proteger su hogar y la selva que tanto querían, no podían dejar que destruyeran todo aquello.

Estos dos pensaron un plan y llamaron al resto de las personas del pueblo. Allí les explicaron lo que estaba sucediendo y que era necesario la ayuda de todos para parar a los mineros. Los niños debían buscar ramas y hojas para construir trampas para que los mineros no pudieran avanzar por el río. Además, enviaron mensajes a los pueblos de al lado pidiendo ayuda con tal de evitar que sucediera lo mismo que en Caura y Maroa.

Pronto llegaron personas de otros pueblos a ayudarles, juntos rodearon a los mineros y les lanzaron piedras para que estos salieran corriendo y tropezaran con las trampas repartidas por el río, impidiendo así que continuaran picando y destruyendo el río.

Los mineros asustados por la fuerza de la gente empezaron a huir del lugar. Parecía que la selva estaba a salvo, por el momento. Boris y sus vecinos celebraron su victoria con alegría. A pesar de ello, Boris sabía que quedaba mucho trabajo por hacer. Desde ese día el pueblo de Maroa decidió que

protegería y cuidaría de la selva y sus animales para que todo esto no se repitiera.

Junto con esto volvieron las lluvias y la selva volvió a florecer, el río Caroní recupero el agua, los pájaros y los demás animales volvieron y con ello la felicidad al pueblo. Boris, junto con José, se convirtieron en los líderes de su aldea por su amor al medio ambiente y su gran valentía, recordando la importancia de cuidar y respetar el planeta todos juntos.